

# Tierra y Libertad



Redacción y Administración:

4.ª AGRUPACION DE VIVIENDAS  
CALE 7, NUMERO 323  
HORTA, BARCELONA

Preios de paquetes y suscripciones  
ESPAÑA, PORTUGAL Y AMERICAS  
Paquete de 25 ejemplares, 275 ptas.  
o sea a 11 céntimos ejemplar  
Trimestre ..... 2— ptas.

EXTRANJERO  
Paquete 25 ejemplares, 3— ptas.  
Trimestre ..... 370 ptas.  
No servimos suscripciones si no se  
pagan por adelantado

## La C. N. T., la F. A. I. y la Revolución Española

II

El terror desencadenado por el triunvirato Primo-Ardo-Arlegui, no hizo mella en los militantes de la F. A. I., antes al contrario, contribuyó poderosamente en el desarrollo y la popularidad de las agrupaciones anarquistas. La misma Confederación Nacional del Trabajo, al perder a los mejores de sus militantes, muertos a tiros y por la espalda, en plena vía pública, alcanzó más prestigio y fue más querida por las masas laboriosas.

En plena dictadura primorriverista, en Barcelona, consigue declarar una huelga general en protesta contra el impuesto llamado de utilidades.

Constantemente perseguidas y acorraladas, la C. N. T. y la F. A. I. alcanzan bien pronto la máxima personalidad revolucionaria; y son requeridas por los partidos de extrema izquierda para intervenir en todos los complots y movimientos tramados contra la dictadura, que encarnaba el único punto que sostenía al régimen de los Borbones.

Sin prever la paga que les esperaba, muchos compañeros de buena voluntad iban enredando en las redes que políticos sin escrúpulos les tendían.

Prestigiosos los anarquistas por virtud de su rebeldía ingénita e irreductible, la saña sangrienta de la dictadura era contrarrestada por una honda corriente subterránea que se iba incubando cada día con más intensidad en las mismas entrañas del pueblo oprimido, culminando en los preciosos movimientos que precedieron al derrumbamiento definitivo de la monarquía.

Esa corriente revolucionaria que palpaba en el corazón del pueblo, llegó a asustar a los mismos dirigentes — Comité Revolucionario — de la revolución política. Así cuando en una de las reuniones de dicho comité se habló de la conveniencia de armar a los sindicalistas y a los anarquistas, Alená Zamora — actual presidente de la República — y Miguel Maurá — el de los 108 muertos — exclamaron asustados:

— ¡Para qué, si al día siguiente de la revolución tendremos que fusilarlos!

Antes de conseguir el poder, los futuros gobernantes ya pensaban en reprimir la revolución social fustigando a los sindicalistas y a los anarquistas.

Todos los hombres de la alta política se confabularon rápidamente para evitar que la verdadera revolución, la del pueblo que produce y labora, llegara a desbordarse arrastrando todos los fundamentos y los privilegios de la sociedad capitalista. Socialistas, republicanos y viejos monárquicos, de acuerdo con el rey y el general Sanjurjo, llegan a implantar la República sin efusión de sangre ni la intervención del pueblo. Este se limitó solamente a sancionar, lo que ellos hicieron, con muestras de júbilo y grotescas manifestaciones callejeras.

Nadie se daba cuenta, ni los mismos anarquistas, que la República venía a salvar lo que la monarquía era incapaz de sostener: los privilegios de clase y los intereses de los potentados y de la Iglesia. Abogados numerosísimos camaradas por el declive de adaptación al medio, y creyéndose el pueblo con derecho a la justicia y a la libertad que el nuevo régimen debía concederle, empieza el asesinato en masa de trabajadores, y la guardia civil, que siempre se distinguió por su odio al pueblo y a los trabajadores, no interrumpe ni un solo momento su trágica tarea de seguir vidas. En mucho tiempo — aún perdura — la República se mueve bajo el signo salvaje de los fusiles.

Y los trabajadores de Andalucía, de Castilla, de Extremadura, de San Sebastián, de Cataluña, de los rincones más apartados y de las grandes ciudades caen mortalmente acerbados por el plomo homicida. La República española desenta todo su furor antiborbónico contra las genuinas organizaciones defensoras del proletariado sojuzgado. Las monstruosidades que los hombres de la monarquía hubieran vacilado poner en práctica, las emplea la República como algo natural o consubstancial a sus tácticas gubernamentales. ¿Por qué?

Durante el período de conspiraciones platónicas contra la dictadura, muchos camaradas contrajeron compromisos con los políticos — sin autorización de sus respectivas organizaciones — que les

han impedido desplegar aquella propaganda política y revolucionaria que las circunstancias reclamaban para el bien de la organización y de la causa. La pretendida justificación de esas tácticas equivocadas ha profundizado las discrepancias entre los militantes de más responsabilidad de la Confederación Nacional del Trabajo, debilitando enormemente la fuerza revolucionaria que a tantos gobiernos ha hecho temblar. Frisones de luchas internas por apreciaciones distintas del momento revolucionario que vivimos, el interés general de la revolución no ha logrado aunar las fuerzas anarquistas para adquirir la potencia precisa que dé el empuje definitivo a la revolución política conduciéndola por el terreno de las realizaciones sociales. Antes, muchísimo antes de medir nuestros pulmones con los guardianes del capitalismo, ya discutimos cómo han de vivir los hombres en la sociedad libre y nos desvelamos estudiando las normas de organización que debemos imponer — nosotros, anarquistas — a la generación de la post-revolución. Dándonos de insultos y de puñetazos, completamente desgredados y destruidos por la lucha de tendencias, el gobierno se envaletona, acepta el ofrecimiento de la guardia civil y atrevese a cometer toda una serie de crímenes y de atropellos que nunca la monarquía hubiérase atrevido a practicar.

Escandalizó el pueblo más que nunca, víctima la clase trabajadora de una tiranía vil e insostenible, y ante una posible desviación de la Confederación Nacional del Trabajo, los camaradas de la F.

A. I. duplican y multiplican sus actividades para empujar la nave confederal por su verdadero camino. Aunque camaradas equivocados rustan energías a la organización obrera, la F. A. I. ingerta virilidad revolucionaria al proletariado organizado en la C. N. T., soporta impasiblemente las críticas, las calumnias, las traiciones y las represiones del gobierno, ayudado, quizás inconscientemente, por propios camaradas de ideas y de organización.

En ese grave período de crisis interna nos pilla la responsabilidad del momento. Desengañados los trabajadores de todos los sistemas gubernamentales, ofendidos por la traición del gobierno republicano, se reprimen algo sobre sí mismos, pero anhelan que sea la C. N. T. la que establezca el régimen de justicia y de igualdad que ni la República ni ningún régimen político es capaz de realizar. En ese preciso instante surge la duda en la capacidad de las masas para vivir en régimen de comunismo libertario, o esa pretendida duda es un pretexto para esquivar la responsabilidad del momento. ¿La revolución es un problema de organización? ¿Es, por el contrario, una cuestión de audacia que, en un momento dado, ponga en juego la fuerza impetuosa que radica en el corazón de las masas, movilizables ante frecuentes incidentes que en la vida de los pueblos se suceden? ¿Es la economía la que determina los hechos o es la voluntad de los hombres?

Tenga la razón quien la tuviere, hay un hecho irrefutable e ineludible que nos impone como previa y primordial obligación tomar la dirección de la revolución que los políticos traicionaron; el hambre y la esclavitud que sufre el pueblo.

ALEJANDRO GILBERT

(Continuará).

## Orientadores

Soy poco amigo de las especulaciones futuristas, de ese mecerse en las abstracciones del "más allá", de la "sociedad futura" o de la "meta ideal". Entiendo que importa conquistar el presente; arrancar perfecciones del presente. Esas perfecciones pueden ser de diversos sentidos. Uno de ellos es el de crear personalidad.

Precisamente atravesamos un período difícil en el desenvolvimiento interno de uno de los organismos más representativos del proletariado español. Andan por ahí algunos nombres. Se habla de traiciones, de reformismos, de vergonzosas complacencias.

Se hace gravitar la situación de toda una organización en torno de uno o dos individuos. Se habla de orientadores. Se concede un poder inenarrable a estos orientadores. Adquieren un relieve de héroes, de imprescindibles; y elevados en el sitial de su imprescindibilidad, se les discute y se llega a un forcejeo lamentable y esterilizador.

Es una soberbia tontería querer presentar excludividades en lo que respecta a "puncetas" de liberación social; es una tremenda aberración el conceder facultades a éste o al otro individuo, levantarlo un pedestal, hacerle oráculo y luego discutir sus virtudes. Esto es lo que está ocurriendo en la C. N. T. con algunos de sus destacados militantes. Por pereza de pensar, por torbellino, por ese sentido mesiánico de que "ya lo harán los capacitados" se ha ido encumbrando a ciertos elementos. A tal extremo se ha llegado, que ya en muchas ocasiones la C. N. T. ha sido más que un vasto organismo de un complejo sentir social, la fiel expresión del criterio de éste o del otro individuo. De ahí que luego haya que tocar las consecuencias, no muy agradables por cierto.

Días pasados asistí a una asamblea de sindicato que precisamente fué convocada, casi exclusivamente para enjuiciar la conducta del Comité Nacional. Por las manifestaciones allí hechas quedó éste muy mal parado. Son ya bastantes los sindicatos que empiezan a reaccionar de su actitud de complacencia, del "dejar hacer, dejar pasar". Esto demuestra que al fin todo se va comprendiendo; que a la postre se le adjudica a cada cual su merecido; pero siempre se llega un poco tarde, y ello es debido a que se parte de un mal de origen: el dejar que los demás arreglen las cosas, el creer demasiado en la necesidad de que "haya orientadores".

En vez de buscar siempre que nos orienten debemos procurar orientarnos nosotros, saber a dónde vamos y lo que queremos. En cuanto a los órganos representativos, como son los comités, hace falta que los indicados dialoguen con ellos, que expongan y reciban impresiones con asiduidad. Es así como se puede terminar con el liderismo.

Desgraciadamente, se constata muchas veces que se preocupan muy poco de capacitarse algo bastantes de aquellos que actúan en la organización sindical y en ella tienen cargos de responsabilidad. Ahí está lo esencial: la capacidad; si los individuos no se preocupan más que de los litigios que surgen entre patronos y obreros, si no se ocupan más que de la pura mecánica sindical, ocurre que se hallan incapaces para opinar y resolver problemas de mayor envergadura; tienen que acudir a los orientadores, y éstos casi siempre se constituyen en oráculos, en líderes que hacen y deshacen sin más arbitrio que su propia voluntad. Luego, cuando las cosas llegan a un período de crisis alarmante, vienen las lamentaciones y la crítica violenta. Esto es a mi juicio lo que ha venido ocurriendo en la C. N. T. Esto es lo que puede ocurrir en lo sucesivo si los militantes no procuran capacitarse prescindiendo del tutelaje de líderes o liderillos.

FONTAURA

En tanto la revolución se gesta, una de las conquistas más inmediatas del proletariado español es la implantación de la jornada de seis horas y la abolición de la ley de defensa de la República  
La desocupación proletaria así lo exige; la libertad de la clase trabajadora así lo necesita

## Socialdemocracia y anarquismo

Si para la socialdemocracia la conquista del poder político es la tarea principal, previa a la realización del socialismo, para el anarquismo es de importancia decisiva la supresión de todo poder político. El Estado no ha sido formado por un acto de la voluntad social, sino que es una institución nacida en una determinada época de la historia humana como consecuencia del monopolio y de la división de la sociedad en clases. El estado surgió para la defensa de los derechos de la colectividad, sino exclusivamente para la defensa de los intereses materiales de pequeñas minorías privilegiadas a expensas de la gran masa.

El Estado no es otra cosa que el agente político de las clases poseedoras, la fuerza organizada que mantiene en pie el sistema de la explotación económica y el gobierno de clase.

Han variado sus formas en el curso de la historia pero su índole esencial, su misión histórica, es siempre la misma. Para la gran masa del pueblo el Estado en todo tiempo y en cualquiera de sus formas, sólo constituyó un instrumento brutal de opresión; por esto es imposible que sirva alguna vez a esas mismas masas como instrumento de liberación.

La socialdemocracia, que en sus distintos matices está todavía empapada de las ideas del jacobinismo, cree que es imposible prescindir del Estado porque sólo concibe la realización del socialismo de arriba abajo por medio de decretos y ukases.

El anarquismo, que aspira a la destrucción del Estado, no ve más que un camino para la implantación del socialismo y ese camino va de abajo arriba por la actividad creadora del pueblo mismo y con ayuda de sus propias organizaciones económicas.

Surge aquí una cuestión en la que aparece claramente la diferencia fundamental entre ambas tendencias: la relativa a la posición del individuo en la sociedad. Para los teóricos del socialismo el individuo aislado es sólo un elemento insubstancial en el engranaje general de la producción social, "una fuerza de trabajo", instrumento inanimado de la evolución económica, la cual determina irrevocablemente su vida mental y sus manifestaciones volitivas. Esta concepción es el resultado necesario de toda su doctrina. En cuanto tratan del individuo lo consideran siempre como un producto medio social al que aplican con todo rigor los conceptos generales. Los socialdemócratas se han amoldado a una determinada visión de la realidad viviente y son en cierta manera víctimas de una ilusión óptica en cuanto confunden el espolismo de su imaginación con la realidad misma. No ven en la evolución histórica sino las ruedas muertas, el mecanismo exterior y olvidan así fácilmente que detrás de las fuerzas y condiciones de producción hay seres vivos, hombres de carne y hueso, con deseos, inclinaciones e ideas propias y por eso las diferencias personales que constituyen después de todo la verdadera riqueza de la vida — sólo les parecen aditamento superfluo y la vida misma algo completamente descolorido y esquemático.

El anarquismo sigue también otras sendas. El punto de partida de sus especulaciones sociales es el individuo aislado; no el individuo como sobra abstracta desahida de su medio social, sino como ente social vinculado a los demás hombres por mil lazos materiales y espirituales. Para apreciar el bienestar social, la libertad y la civilización de un pueblo, el anarquista no se basa en la producción cuantitativa o la "libertad" formal establecida en cualquier constitución ni en el grado cultural de un determinado período.

Trata de determinar por el contrario la participación individual que en el bienestar toca a cada ser,

en qué medida éste se encuentra en condiciones de satisfacer dentro del marco de la colectividad sus inclinaciones, deseos y necesidades de libertad. Según estos datos formulará su juicio sobre el carácter general de la sociedad. Para el anarquista la libertad personal no es una representación indefinida y abstracta, sino que la concibe por el contrario como la posibilidad práctica de que cada cual pueda desenvolver sus fuerzas, talentos y aptitudes naturales. Y como reconoce en la conciencia de la personalidad la expresión suprema del instinto de libertad rechaza fundamentalmente todo principio de autoridad, toda ideología de la fuerza bruta.

La completa libertad basada en la igualdad económica y social es para él la premisa única de un futuro digno del hombre.

Sólo en estas condiciones puede darse, según su opinión, la posibilidad de que se despliegue hasta su máxima eflorescencia en cada hombre el sentimiento de responsabilidad personal y de que se desarrolle en él la conciencia viva de la solidaridad en un grado tal que sus deseos y necesidades aparezcan, por así decirlo, como resultado de sus sentimientos sociales.

Para el carácter de los movi-

mientos sociales su forma libertaria de organización es de importancia decisiva, pues es la que mejor responde a su naturaleza íntima; así es sólo natural que también en este sentido haya un abismo insalvable entre la socialdemocracia y el anarquismo. Los partidarios de la socialdemocracia, ya se titulen mayoritarios, independientes o "comunistas", son, por íntima convicción jacobinas, representantes del principio de la centralización. La socialdemocracia es por su propia índole centralista, de igual manera que el federalismo responde mejor a la naturaleza íntima del anarquismo. El federalismo ha sido siempre la forma natural de organización de todas las corrientes realmente sociales y de las instituciones basadas en los intereses colectivos, como han sido, por ejemplo las federaciones libres de las tribus en los tiempos primitivos, las federaciones de las cooperativas de dos ferias en los comienzos de la Edad Media, las gildas o corporaciones de artesanos y artistas en las ciudades libres y las uniones federativas de las comunas libres a las cuales debe la Europa una cultura tan maravillosa.

RODOLFO ROCKER.

Ninguna reforma, moral o intelectual, ha venido nunca de las clases altas de la sociedad. Cada una de ellas y todas han venido de la protesta de los mártires y víctimas. La emancipación de los trabajadores tiene que ser conseguida por los mismos trabajadores. Nosotros afirmamos, como un principio fundamental, que el trabajo, el creador de la riqueza, tiene derecho a disfrutar de todo el producto de su labor.

Al afirmar eso, estamos gustosos de aceptar el resultado final de la operación de un principio tan radical — tal cual es la desaparición de todo el sistema de privilegios, la extinción de los monopolios, la abolición de las clases, la fraternidad y educación universal, completa libertad de cambio, y la mejor y más grande de todas las liquidación de ese maldito estigma que pesa sobre la mal llamada civilización cristiana — la pobreza de las masas. W. PHILLIPS

## Con voz amiga

Desearíamos que todos los compañeros se culden, al enviarnos colaboración, de que sus trabajos sean fiel trasunto del ideal de libertad que a todos nos anima. En los artículos que se nos envíe deben tratarse cosas concretas y han de hacerse en ellos noble exposición de pensamientos. La nobleza ha de ser la norma de nuestra vida y nuestras acciones deben estar revestidas de sinceridad y respeto para los que luchan todavía a nuestro lado.

Nosotros no queremos incurrir en convertir nuestra periódico en un bozal. Las ideas anarquistas no caben en los bozales. Vive y vibra al calor del noble pensar y de los más delicados sentimientos.

El chismorrejo es una cosa tan poco escrupulosa que lamentamos de veras que, periódicos que se titulan libertarios caigan en ese deplorable gusto del diálogo personalista. Nosotros, en lo sucesivo, no publicaremos una línea en ese sentido, sin querer decir con esto que callaremos ante las nefastas actuaciones o ante las más o menos desviaciones intencionadas.

Es innegable que se precisa una pronta revisión de los valores anarquistas. Es necesario saber quiénes somos y qué podemos hacer. Tanto nos hemos preocupado del mecanismo sindical, que hemos olvidado las ideas. Las ideas anarquistas, desgraciadamente, quedaron en la puerta de cada sindicato, y es por eso que el movimiento obrero de la C. N. T. va a la deriva. Obra perentoria de los anarquistas es la de estar en los puestos de más responsabilidad de la nave confederal. Si no se hace así, la nave se irá a pique o, si acaso se salva, será cambiando de ruta y de tripulación. Y esto es lo que no debe suceder.

El anarquismo ha de salir a flote y mejor que nunca debe tener el esplendor de aquel tiempo en que el movimiento anarquista contaba con pensadores como Lorenzo y Mella.

Es en estos momentos, cuando los partidos y camarillas obreristas viven dando manofayns en el vacío, que se necesita una firmísima cohesión en las filas del pensamiento libertario y esa cohesión sólo podrá llevarse a feliz término recurriendo a la propaganda sincera del anarquismo y entregándonos íntegramente a una concienzuda preparación revolucionaria.

El Comunismo libertario no "vendrá con sus pasos contados", a lo que de clarín, sino que será instaurando con la revolución social, iniciada y dirigida por el anarquismo militante. Los anarquistas no podremos iniciar esa revolución sin preparación revolucionaria alguna. Hay que llevar a la revolución el conocimiento técnico necesario para tener confianza en el triunfo para triunfar.

Los sindicatos legalizados por los Estados capitalistas no podrán nunca establecer el comunismo li-

bertario, como tampoco pueden ser el inicio de la revolución.

La revolución hay que hacerla; se hará, pese a todos los frenos y a ello deben ir los anarquistas con conocimiento de causa y confiados en que el enemigo cuenta con armas poderosas. Tenemos que darnos cuenta de que ya hemos pasado la época del romanticismo anárquico, en la que todo se reducía a soñar. Concretar nuestra lucha a soñar con una sociedad libre es una absurda perturbación cerebral inadmisible. Mientras se sueña, la burguesía se aprovecha, y es esto sobre todo lo que debe movernos a no vivir a "la luna de Valencia".

Las abstracciones, las hipótesis, tienen que desterrarse del movimiento anarquista, porque la realidad social necesita embates positivos.

El mundo del espíritu ha de vivir de realidades materiales y las ideas han de estar sometidas al deseo materialista de la Humanidad; lo contrario, sería vivir prostrado ante una mentira.

Hemos de ser portadores de una moral nueva, de una moral sin sanción ni obligación que irá encarnándose en el pueblo al conluro de nuestras enseñanzas. Jamás la impondremos con labores personalistas. Cuando digamos: "Fulano es esto", signifiquemos que el "Fulano" es un traidor o enemigo probado. Mientras no sea así, nuestro cometido debe ser preparar nuestras ideas y combatir a los tiranos y explotadores del proletariado.

Es necesario que la F. A. I. se fortalezca grandemente y los grupos entre en un floreciente período de actividad constructiva. Esto puede hacerse, porque hay una juventud con una insospechada capacidad para ello.

Sobretudo, hagamos porque el anarquismo brille con su luz más pura, y más que nada porque salga de las catacumbas y tenga una existencia de aire y de sol. Y toda esta labor hay que hacerla con la mayor nobleza, sin diletismo y sin groseros adjetivos.

Los anarquistas no deben ser hombres biliosos, sino individuos conscientes de sus actos, razonables y persuasivos. El arto autoritario, las impugnaciones calumniosas pertenecen al mundo de las bajas inquietudes. Nosotros hemos de estar siempre lejos de este mundo.

Tenemos mucho que realizar. El anarquismo todavía tiene que iluminar muchas conciencias tenebrosas. Realeemos. Hemos de fe, con el sólo pensamiento de que la clase trabajadora se liberte, y de esa forma será como obtendremos mejores frutos.

M.